

El trabajo de ser madres y padres

La problemática de los hijos que agreden a sus padres tiene cada vez mayor presencia en las consultas de los profesionales, los servicios sociales, las fiscalías de menores y los medios de comunicación. Es difícil determinar en qué medida el incremento de casos es producto de una mayor visibilización de los mismos, como ocurre por ejemplo con la violencia de género, o de un cambio en los hábitos de comportamiento y relación de los jóvenes. La realidad es que en estos momentos la violencia filio-parental es el único delito en el ámbito de menores en que año a año aumentan los casos.

Los datos nos dicen además que este problema afecta por igual a todos los estratos socio-económicos.

Sabemos que los hijos que agreden a sus padres lo hacen, mayoritariamente, con el ánimo de ejercer un poder y un control sobre ellos. Para ello utilizan la violencia. Cuando consiguen su objetivo están invirtiendo la lógica de la educación y del acceso a la socialización, que pasa porque sean los padres, como adultos, quienes son referencia de autoridad. No es poca cosa. Se trata de un problema lo suficientemente grave como para que no nos conformemos con un

debate sobre las cuotas de culpa del padre agredido, del niño malcriado o de la violencia en la televisión. Intentemos ir más allá.

En primer lugar cabe afirmar que hay que enseñar a los jóvenes que el ser humano en sociedad es responsable de sus actos. El ejercicio de la violencia hacia los padres tiene consecuencias y entre estas se incluyen las penales.

En segundo lugar recordar que en los casos de violencia de los hijos hacia los padres, son mayoritariamente estos los que terminan pidiendo ayuda, desbordados por la situación que viven cotidianamente. Para ello

deben afrontar sentimientos de vergüenza, culpa y fracaso. Los adolescentes que agreden, generalmente, no aceptan su problemática ni son capaces de entender la quiebra personal en la que viven. En todo caso la evidencia es que las intervenciones profesionales deben implicar un trabajo terapéutico con padres e hijo para que la evolución sea favorable.

Por último decir que la agresión de un hijo a sus padres no sucede de repente, de un día para otro, y que la problemática se va larvando en el tiempo. Y cabe preguntarnos, que se podría haber hecho para evitar el ho-

rror. Hay un importante campo para trabajar en el terreno de la prevención. Esto nos implica a padres, profesionales y poderes públicos, que tenemos que asumir la responsabilidad de poner en valor la figura del adulto como referente de autoridad. Por lo que se ve esto en ocasiones no es algo evidente. Por ello necesitamos de más tiempos y espacios para reflexionar personal y colectivamente sobre el trabajo de ser madres y padres.

Ricardo Fandiño es psicólogo clínico y miembro de la Asociación para a Saúde Emocional na Infancia e a Adolescência